



STANISŁAW LEM
EL HOSPITAL DE
LA TRANSFIGURACIÓN

Traducción del polaco de Joanna Bardzińska

IMPEDIMENTA

A mi padre

EL FUNERAL

El tren paró en Nieczawy solo un momento. Disimuladamente, Stefan se abrió paso a empujones entre la multitud hasta alcanzar las puertas, saltó justo cuando resopló la locomotora y al instante oyó el estrépito de las ruedas a sus espaldas. Durante una hora había estado tan preocupado por bajarse allí, que se había olvidado del objetivo mismo de su viaje. Y, por fin, respirando un aire tan puro que después de la mala ventilación que había en el tren le resultaba cortante, caminaba con paso inseguro, con los ojos entrecerrados por el sol, liberado e indefenso al mismo tiempo, como si acabara de despertar de un sueño profundo.

Aquel día de finales de febrero el cielo estaba veteado de brillantes nubes de suaves contornos. La nieve, en parte derretida por el deshielo, se había acumulado en las hondonadas y en los barrancos, dejando al descubierto matorrales de broza y arbustos, ennegreciendo el camino de barro y obstruyendo las arcillosas laderas. En la blancura hasta ahora uniforme del paisaje irrumpía el caos, presagio de cambios.

Absorto, Stefan dio un paso en falso y el agua se le coló en el zapato. Se estremeció de asco. El jadeo de la locomotora se fue

desvaneciendo detrás de las colinas de Bierzynieć; Stefan pudo oír un sonido escurridizo, semejante al chirrido de los grillos, que parecía llegar de todas partes: el ruido constante de la nieve derretida. Con su gabán de lana, su sombrero de fieltro y sus zapatos bajos, típicos de la ciudad, Stefan era consciente de que ofrecía una imagen absolutamente fuera de lugar ante aquellas ondulantes colinas. Por el camino que subía hacia el pueblo bailaban riachuelos deslumbrantes. Saltando de una piedra a otra, Stefan finalmente llegó al cruce y miró el reloj. Era casi la una. Aunque no habían precisado la hora en que se celebraría el funeral, convenía darse prisa. El ataúd, ya cargado con el cadáver, había salido de Kielce el día anterior, así que estaría ya en la casa del tío Ksawery, aunque igualmente podría encontrarse en la iglesia, puesto que el telegrama mencionaba algo, que no quedaba del todo claro, referente a una misa. ¿O se refería a las exequias? No lograba recordarlo, y el estar meditando sobre tales cuestiones litúrgicas le molestó. La casa de su tío estaba a unos diez minutos andando, tan lejos como el cementerio, pero si el cortejo fúnebre daba un rodeo para entrar en la iglesia... Stefan se dirigió hacia la curva de la carretera, se detuvo, retrocedió unos pasos y volvió a detenerse. Entre los campos vio a un anciano campesino caminando por el sendero cargando al hombro con la cruz que suele encabezar los cortejos fúnebres. Stefan quiso llamarle, pero no se atrevió. Apretando los dientes, se encaminó al cementerio. El campesino alcanzó el muro del camposanto y desapareció. No parecía que se dirigiera hacia el pueblo, de ahí que Stefan, desesperado, se recogiera los faldones del abrigo y, levantándolos como hacen las mujeres, echara a correr, saltando para evitar los charcos. El camino que llevaba al cementerio rodeaba una pequeña colina cubierta de avellanos. Sin achantarse por la nieve que entorpecía sus pasos y apartando las ramas que le golpeaban la cara, corrió hasta la cima. Los matorrales terminaban de manera abrupta. Stefan bajó al camino que había frente al cementerio. No se oía ni se veía a nadie, y no había ni

el menor rastro del campesino. Toda la prisa de Stefan se esfumó de inmediato. Examinó con resignación sus pantalones manchados de barro hasta los tobillos y, con dificultades para respirar, se asomó por encima de la puerta. No había nadie en el cementerio. Cuando la empujó, la puerta lanzó un espantoso chillido que fue apagándose, transformado en un quejido de dolor. Sucias, las capas de nieve cubrían las tumbas y, en oleadas, formaban pequeños montículos al pie de las cruces de madera que, dispuestas en filas, llegaban hasta una mata de saúco. Más allá se encontraban las lápidas pertenecientes a los príncipes de Nieczawy, y, al final, aislado y enorme, el sepulcro de la familia Trzyniecki, coronado por una enorme losa de granito negro sobre el que aparecían, grabadas en letras doradas, unas cuantas fechas y nombres junto a tres abedules. En la franja vacía que separaba el mausoleo del resto del cementerio, en aquella tierra de nadie, se abría la fosa recién cavada, una mancha de barro en la blancura. Stefan se paró en seco, sorprendido. Al parecer, el mausoleo estaba completo y había faltado tiempo o medios para ampliarlo, de manera que el viejo Trzyniecki sería enterrado como cualquier otro vecino. Stefan intentó imaginarse cómo se debió de haber sentido su tío Anzelm al ordenar el traslado del cadáver, pero no había alternativa: desde que Nieczawy perteneciera a los Trzyniecki, ese era el lugar donde enterraban a todos sus muertos y, aunque solo quedara en pie la casa del tío Ksawery, se seguía manteniendo la costumbre. Así, cuando algún pariente fallecía, de toda Polonia acudían representantes de cada una de las ramas de la familia para asistir al funeral.

Los carámbanos cristalinos que colgaban de los brazos de las cruces y de las ramas del saúco goteaban silenciosamente horadando la nieve. Stefan se paró un rato ante la tumba vacía. Debería ir a la casa, pero esa idea le resultaba tan poco atractiva que en lugar de ello se dedicó a pasear por entre las cruces del cementerio campesino. Los nombres, grabados sobre las tablas con un alambre candente, se habían convertido en manchas negras;

muchos habían desaparecido del todo, y la superficie de la madera lucía totalmente lisa. Abriéndose paso entre la nieve que le helaba los pies, Stefan caminó por el cementerio hasta detenerse repentinamente junto a una tumba señalada por una cruz enorme de abedul con una placa de hojalata sujeta con clavos. La inscripción, escrita con trazos caprichosos, decía:

*Hermano que pasas aquí al lado, dile a Polonia
que aquí yacen sus hijos
que le fueron fieles hasta la muerte.*

Y debajo aparecía una lista de nombres con sus respectivos grados. Al final, un soldado desconocido. También una fecha: septiembre de 1939.

Solo habían transcurrido seis meses y medio desde entonces, pero la inscripción no habría podido resistir a la intemperie de no haber sido retocada varias veces por una mano cuidadosa. Las ramas de abeto que cubrían la tumba —sorprendentemente pequeña, pues era difícil de creer que pudieran yacer en ella todos sus ocupantes— habían sido también objeto del mismo cuidado. Stefan, emocionado e inquieto, se entretuvo un rato contemplando la tumba, pero no sabía si debía quitarse el sombrero así que, incapaz de decidirse, reanudó su paseo. Sintió cómo penetraba en su cuerpo el frío de la nieve, se sacudió los zapatos y volvió a mirar el reloj. Era la una y veinte. Tenía que darse prisa si quería llegar a tiempo a la casa, pero pensó que, si se quedaba esperando el cortejo en el cementerio, podría simplificar bastante su participación formal en las exequias, así que dio la vuelta y volvió a la fosa que acogería el cuerpo del tío Leszek.

Al examinar la fosa, cayó en la cuenta de lo profunda que era. Sabía lo suficiente de la misteriosa técnica de los sepultureros como para comprender que habían cavado a tanta profundidad a fin de que en el futuro cupiera un ataúd más, el de tía Anie-la, la viuda del tío Leszek. Ese descubrimiento le dolió como si

involuntariamente hubiera sido testigo de algo indecente; se forzó a alejarse y su mirada reparó en las filas torcidas de cruces. La soledad lo había sensibilizado de tal manera que la certeza de que las diferencias de clase social se mantenían invariables entre los muertos se le reveló como algo absurdo y penoso. Respiró profundamente. A su alrededor reinaba un silencio absoluto. Del pueblo cercano no llegaba ni el menor ruido, e incluso el graznido de los cuervos, que le había acompañado durante todo el camino, había cesado. Las cruces proyectaban sus sombras con escorzo en la nieve y el frío le entraba por los pies y le atravesaba todo el cuerpo hasta atenazarle el pecho. Stefan, encogido, se metió las manos en los bolsillos. En uno de ellos encontró un paquetito con pan. Su madre debía de habérselo metido en el bolsillo antes de que se marchara. De repente sintió hambre, sacó el pan del bolsillo y le quitó el fino envoltorio de papel. Entre las rebanadas asomaba un poco de jamón. Se llevó el pan a la boca, pero no pudo siquiera imaginarse a sí mismo comiendo sobre aquella tumba abierta. Intentó convencerse de que solo era un prejuicio. Al fin y al cabo, se trataba de un simple agujero cavado en la tierra, pero con todo decidió marcharse. Caminó por la nieve hacia la puerta del cementerio con el pedazo de pan en la mano. Cuando pasó por delante de las cruces anónimas, intentó en vano buscar en sus torpes formas algún rasgo definitorio que le diera alguna pista sobre sus dueños póstumos. Stefan pensó que la preocupación de los hombres por la durabilidad de las tumbas derivaba de una creencia que se remontaba a tiempos inmemoriales, según la cual —sin reparar en los preceptos religiosos, a pesar del hecho cierto de la putrefacción y contrariando a la razón— los muertos, en el fondo de la tierra, mantenían algún tipo de existencia, tal vez molesta o incluso espantosa, pero al fin y al cabo una existencia, que duraría hasta que desaparecieran de la superficie los símbolos que los distinguían.

Al alcanzar la puerta, y tras volverse por última vez a contemplar desde lejos las filas de cruces hundidas en la nieve y

la mancha amarillenta de la fosa recién cavada, salió al camino embarrado. Cuando reflexionó sobre sus últimos pensamientos, sobre lo absurdo de las exequias mortuorias y sobre su propio papel en la ceremonia, se sintió desconcertado. Durante un instante incluso reprochó a sus padres que le hubieran empujado a emprender ese viaje, más extraño aún si cabe porque había acudido, no en su propio nombre, sino representando a su padre enfermo.

Stefan engulló su bocadillo de jamón, humedeciendo cada bocado con saliva y tragando con cierta dificultad, ya que tenía la garganta reseca. Su cabeza no dejaba de dar vueltas. Sí, pensaba; la gente cree en esa especie de «existencia de los muertos» sin tener en cuenta la realidad. Si el cuidado de las tumbas constituyera una simple señal de amor y de pesar por lo perdido, entonces se contentarían con cuidar solamente la parte visible de los nichos. Si el único motivo de celebrar un funeral fuera dar rienda suelta a esos sentimientos, cómo se explicaría entonces esa preocupación por el aspecto de los cadáveres, por vestirlos con sus mejores galas, por colocarles mullidas almohadas debajo de la cabeza y por encerrarlos en ataúdes sumamente resistentes a las fuerzas de la naturaleza. No, semejante comportamiento revela una especie de fe sombría e incomprensible que supera la muerte: la creencia de que en los estrechos límites del ataúd se vive esa existencia horrible que tanto espanta a los vivos y que, al parecer, según un razonamiento instintivo, tiene que ser preferible a la aniquilación total y a la comunión con la tierra.

Sin cuestionarse del todo él mismo esa creencia, se encaminó hacia el pueblo, guiado por la torre de la iglesia que brillaba bajo el sol. De repente, vislumbró un cierto ajeteo en la curva de la carretera y, sin saber muy bien por qué, se apresuró a meterse el trozo de pan en el bolsillo.

Allí donde la carretera rodeaba la colina, siguiendo el contorno de la pendiente arcillosa, divisó la mancha negra del cortejo. La gente estaba tan lejos que era imposible distinguir sus rostros.

Tan solo pudo vislumbrar la cruz que encabezaba la procesión y, detrás, las pequeñas manchas blancas de las sobrepellices de los curas, el techo del improvisado coche fúnebre y, al fondo, muchas figuras pequeñas que se movían tan lentamente que parecían no avanzar con su balanceo sin duda majestuoso, pero que resultaba casi grotesco por efecto de la distancia. Si era difícil tomarse en serio aquel funeral en miniatura y aguardar su paso con la debida gravedad, tampoco era fácil salir a su encuentro. Parecía un azaroso desfile de muñecas dando saltitos al pie del arcilloso despeñadero, impulsado por el viento que portaba jirones de su incomprensible lamento. Stefan quería alcanzar al grupo cuanto antes, pero no se atrevía a moverse. En lugar de ello, se quitó el sombrero y esperó de pie, inmóvil, dejando que el viento lo despeinara. Un simple espectador, ajeno a la representación, no habría sabido decir si Stefan era un acompañante del cortejo que llegaba con retraso o un simple transeúnte. A medida que se acercaban, las figuras de los caminantes iban agrandándose, sin apenas transición. Al final, pudo distinguir al viejo campesino que portaba la cruz y a los dos sacerdotes que encabezaban la procesión; muy cerca de ellos venía el camión del aserradero y, cerrando la marcha, todos los miembros de su dispersa familia. El lamento disonante de las mujeres del pueblo se repetía monótono, una y otra vez. Cuando el cortejo se hallaba apenas a unos pasos de Stefan, empezaron a sonar las campanas: en un primer momento, sonidos incoherentes; después, toques enérgicos, redondos, que se extendían majestuosamente por todo el campo. Al oír las primeras campanadas, Stefan pensó que debía de ser Wicek, el pequeño de los Szymczak, quien había comenzado a tirar de la cuerda hasta que el pelirrojo Tomek, el único autorizado a tocar la campana, lo había espantado; pero al instante cayó en la cuenta de que el «pequeño» Wicek sería ya un hombre de su misma edad, y de que no se sabía nada de Tomek desde que emigrara. Por lo visto, el derecho a tocar la campana seguía siendo objeto de lucha entre las jóvenes generaciones de Nieczawy.

La vida trae consigo situaciones que ningún manual de buenos modales contempla; situaciones tan difíciles y delicadas que solo pueden ser superadas con mucho tacto y seguridad en uno mismo. Stefan, que carecía de tales virtudes, no tenía ni idea de cómo unirse al cortejo fúnebre. Allí parado, sin decidirse, se dio cuenta de que ya lo habían reconocido, lo que solo sirvió para agravar su confusión. Afortunadamente, el cortejo se detuvo justo delante de la iglesia. Uno de los curas se acercó al camión y preguntó algo al conductor, quien asintió con la cabeza; acto seguido unos hombres que él no conocía subieron al coche y empezaron a bajar el ataúd. Aprovechando el alboroto, Stefan logró colarse en el grupo que se encontraba junto al vehículo. Acababa de divisar la rechoncha silueta del tío Ksawery, con su cabeza entrecana hundida entre los hombros, sujetando a la tía Aniela, toda vestida de negro, cuando oyó un amortiguado grito de ayuda: hacían falta más hombres para cargar con el féretro hasta la iglesia. Stefan se apresuró a echar una mano, pero, como siempre que debía actuar en público —por poco importante que fuese lo que tuviera que hacer—, le faltó decisión y su deseo de ayudar se redujo a dar un trapiés hacia el camión. Por fin el ataúd se elevó por encima de las cabezas de todos los presentes sin que él tuviera que mover un dedo. A Stefan le correspondió, en cambio, sostener el abrigo de piel que su tío Anzelm, el hermano mayor de su padre, le entregó en el último momento.

Stefan, abrigo en mano, fue uno de los últimos en entrar en la iglesia. Sin embargo, estaba profundamente convencido de que, cargando con esa enorme piel de oso, en cierto modo también él participaba en la ceremonia. La campana remató su canto monótono con un toque tartajoso. Los dos curas desaparecieron en la sacristía, para volver a reaparecer instantes después. Mientras, la familia fue tomando asiento en los bancos, al tiempo que desde el altar llegaban las primeras palabras de las exequias en latín.

Stefan podría haberse sentado si hubiera querido, pues sobra-
ba sitio en los bancos y, además, el abrigo de su tío no era nada

ligero. Sin embargo, se quedó de pie al fondo de la nave, quizá precisamente por expiar de algún modo la timidez que había mostrado un rato antes. El ataúd se encontraba ya frente al altar. El tío Anzelm encendió las velas situadas en torno al féretro, y se encaminó directamente hacia Stefan. Este, al ver que su tío se aproximaba, sintió una cierta turbación, si bien contaba con el amparo de la oscuridad que ofrecía el pilar a cuyo pie se había colocado. Su tío le apretó el hombro y le susurró, acompañando la melodiosa voz del cura:

—¿Está enfermo tu padre?

—Sí, tío. Ayer sufrió un ataque...

—Las piedras, ¿verdad? —dijo el tío con un murmullo estridente. El hombre quiso cogerle el abrigo, pero su sobrino no le dejó.

—Por favor, no... De verdad... Yo, yo...

—¡Pero qué burro eres! Dame ya el abrigo. ¿No ves que esto parece una nevera? —le reprendió su tío en un tono bondadoso pero perfectamente audible. Y tras coger el abrigo se lo echó sobre los hombros y se encaminó al banco donde estaba sentada la viuda. Stefan, avergonzado, comprobó que le habían empezado a arder las mejillas.

Este incidente, aparentemente insignificante, logró arruinarle toda la ceremonia. Lo único que logró aliviarlo, en cierto modo, fue contemplar a su tío Ksawery, que estaba sentado en el extremo más alejado de la última fila. Pensó, con cierto consuelo, en lo incómodo que debía sentirse su tío, un ateo tan militante que incluso intentaba convertir a cada nuevo párroco que llegaba a la ciudad. Solterón, impulsivo y colérico, Ksawery era un hombre franco que acostumbraba a hablar sin reservas; suscriptor entusiasta de la Biblioteca de Clásicos Franceses de Boy,¹ partidario

1. Tadeusz Żeleński (Varsovia, 1874-Lvov, 1941), conocido por el pseudónimo de Boy. Escritor polaco, uno de los fundadores del cabaré El Globo Verde, de Cracovia (1906), también médico y autor de libros sobre pediatría, crítico literario

de las políticas de control de la natalidad y, para remate, el único médico en doce kilómetros a la redonda. Hacía ya mucho tiempo, los parientes de Kielce habían intentado echarlo de la casa familiar litigando contra él durante años en tribunales provinciales y regionales, pero Ksawery ganó todos los juicios y encima les insultó —como solía decir— con tanta astucia que no tuvieron otra opción que dejarle en paz. En aquel momento permanecía sentado, las dos enormes manos inmóviles sobre el pupitre, a un banco de distancia de los parientes derrotados.

Hasta ellos llegó entonces el profundo sonido del órgano rasgando el aire. Stefan experimentó el mismo estremecimiento que recordaba haber sentido de niño, aquella humilde santidad que le quemaba el alma. Sentía un profundo respeto por la música de órgano. Las exequias seguían un orden riguroso. Uno de los curas encendió un pequeño incensario y rodeó el ataúd, envolviéndolo en una nube de humo aromático pero acre. Stefan buscó con los ojos a la viuda. Sentada en el segundo banco, encogida y paciente, la mujer mostraba una extraña indiferencia hacia el cura que, floreando sus palabras con latinajos cada dos por tres, cantaba su apellido, el apellido del fallecido, repitiéndolo en una cantinela exultante e insistente que no se dirigía a los oídos de ningún ser vivo, sino a la Divina Providencia misma, suplicando, pidiendo y casi exigiendo generosidad para el fallecido.

El órgano calló. Había que levantar el ataúd del catafalco situado delante del altar y subirlo otra vez a hombros, pero Stefan ni siquiera intentó acercarse. Todos se levantaron, entre toses, y se prepararon para reemprender el camino. El ataúd, balanceándose con delicadeza, avanzó lentamente por la sombría nave.

y, sobre todo, reconocido traductor de literatura francesa. Entre 1915 y 1935 se publican bajo el nombre de «Biblioteca de Boy» («Biblioteka Boya») más de cien traducciones de los títulos más emblemáticos de la literatura francesa, entre otros, las obras de Balzac, Molière, Marivaux, Musset, Beaumarchais, Villon, Descartes, Montaigne, Rousseau, Stendhal, Proust, Diderot, Voltaire, etc. (*Todas las notas, salvo que se indique, son de la traductora.*)

Cuando el cortejo hubo alcanzado ya las escaleras de la iglesia, se produjeron algunos empujones. La caja, larga y pesada, se inclinó peligrosamente hacia adelante, pero un bosque de manos alzadas logró devolverle el equilibrio. Y así, con una enérgica sacudida, el ataúd salió al sol de la tarde como animado por el último tañido de la campana.

Justo entonces a Stefan se le ocurrió una idea macabra: que, sin duda, la persona que estaba dentro del ataúd tenía que ser el tío Leszek, porque a él siempre le había encantado gastar esa clase de bromas, y más en circunstancias tan solemnes. Sin embargo, logró reprimir aquella ocurrencia suya o, mejor dicho, la ajustó a la lógica, diciéndose que en el interior del ataúd no estaba su tío, sino algo que había quedado de él, sus restos, tan embarazosos y molestos que para eliminarlos del mundo de los vivos había que inventarse y representar ceremonias tan enrevesadas y absurdas como aquella.

Mientras tanto, Stefan se había reunido ya con los demás, y se dirigía tras el féretro hacia la puerta del cementerio, abierta de par en par. Unas veinte personas componían el cortejo. De no haber caminado tras un ataúd, habrían causado una impresión extraña: no iban vestidas de modo apropiado para emprender un largo viaje —la mayoría de los asistentes habían venido desde lejos—, ni para hacer una visita formal, por más que el negro fuera el color predominante. Además, la mayoría de los hombres calzaba botas de caña alta y algunas mujeres un calzado similar, con tacón, cordones y ribeteado de piel. Alguien a quien Stefan no reconoció a primera vista, pues le daba la espalda, lucía un ajustado abrigo militar, pero ninguna insignia. Parecía como si se las hubieran arrancado. Aquel abrigo, de hecho, era el único recuerdo que quedaba de la campaña de septiembre. Aunque no, no era exactamente así: también estaba la ausencia de quienes, en otras circunstancias, no habrían faltado al funeral, como el tío Antoni y primo Piotr, ambos prisioneros de los alemanes.

Las mujeres del pueblo caminaban tras el ataúd repitiendo su monótona letanía: «Dale, Señor, el descanso eterno. Brille para él la luz perpetua». Stefan se sentía molesto por la escena, pero logró abstraerse. El cortejo se estiró para reagruparse de nuevo a la puerta del cementerio y abrirse paso entre las tumbas formando una hilera negra tras el ataúd alzado. Al borde de la fosa abierta volvieron a oírse las plegarias. Stefan, ya un poco harto de tanto rezo, pensó que, incluso si fuera creyente, consideraría esos monótonos ruegos una impertinencia hacia el Ser a quien iban dirigidos.

Antes de que esa última observación cuajara del todo en su mente, alguien le tiró de la manga. Se dio la vuelta y vio a su tío Anzelm, con su cara ancha y aguileña enmarcada en una esclavina de piel.

—¿Has comido algo hoy? —dijo, con un volumen de voz que Stefan juzgó excesivo. Y, sin esperar respuesta, añadió rápidamente—: No te preocupes, ¡hemos preparado *bigos*!² —Le propinó entonces una palmada en la espalda a su sobrino y, deslizándose entre los que estaban aún congregados alrededor de la fosa vacía, comenzó a tocarlos con el dedo, sin dejarse ni uno solo, mientras movía los labios. A Stefan este comportamiento le extrañó sobremanera, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo su tío: estaba contando a los presentes. Una vez terminó, el tío Anzelm le susurró algo a uno de los chicos del pueblo, y este se fue retirando poco a poco, con una especie de ceremoniosidad palurda. Pero, tras alcanzar la puerta, el muchacho perdió su compostura y echó a correr en dirección a la casa de Ksawery.

Una vez terminada su labor como anfitrión, el tío Anzelm se paró junto a Stefan —quién sabe si a propósito o, simplemente, por casualidad— y se permitió llamar su atención sobre lo pintoresco del grupo. Cuatro vigorosos hombres cargaron con el peso del ataúd sujetándolo con cuerdas y comenzaron a bajarlo hacia

2. Plato típico polaco, preparado con col fermentada, diferentes tipos de carne, chorizo, setas y especias.

el fondo de la fosa abierta. Cuando la caja tocó tierra, vieron que había quedado torcida, así que uno de los hombres apoyó sus manos amoratadas en el borde del hoyo, descendió hasta el fondo y, con el zapato embarrado, empujó el ataúd hasta que lo encajó perfectamente en el hueco. La brusquedad con la que trató a ese objeto, que hasta el momento había sido manipulado con tan exquisita consideración, dolió a Stefan. En ello encontró la confirmación de su tesis: los vivos, por más que intentaran suavizar tan difícil tránsito, todavía se comportaban de manera coherente y armoniosa hacia los muertos.

Los sepultureros trabajaron con ahínco, casi obstinadamente. Cuando terminaron de cerrar la tumba, tras cubrirla con un montón de tierra, se hizo evidente que aquel era un funeral celebrado en tiempos de guerra. En circunstancias normales, habría sido impensable que los dolientes abandonaran el cementerio sin haber cubierto de flores la tumba de uno de sus familiares. Pero ese invierno, el primer invierno tras la invasión, la gente parecía tener la cabeza en otro sitio. Además, como durante los combates no había quedado un cristal entero en el invernadero de los Przytułowicz, tuvieron que contentarse con cubrir la sepultura con unas pocas ramas de abeto. Al terminar la última oración, todos se santiguaron, dieron la espalda a aquel montón de tierra verdosa y se encaminaron hacia el pueblo por los senderos cubiertos de nieve y barro, y salpicados de charcos.

En cuanto a los curas, estaban tan ateridos de frío como todos. Así que cuando se quitaron sus sobrepellices blancas, la situación pareció normalizarse. Cambios semejantes, si bien no tan llamativos, pudieron observarse en el resto de dolientes. La gente fue desprendiéndose poco a poco de aquella seriedad ceremoniosa que los había embargado hasta un momento antes, de aquella lentitud en sus gestos y en sus miradas. Un espectador no muy avisado habría pensado que estaba ante un grupo de personas que se habían visto obligadas a andar de puntillas hasta que de repente se habían cansado de hacerlo.